



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: El pensamiento de José Martí

Autor: Zea Aguilar, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1995). El pensamiento de José Martí. *Cuadernos Americanos*, 3(51), 73-82.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IX, núm. 51, (mayo-junio de 1995).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin Derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## EL PENSAMIENTO DE JOSÉ MARTÍ

Por *Leopoldo ZEA*  
PUDEL, UNAM

EL 18 DE MARZO DE 1895, José Martí, desde el campamento de Dos Ríos, escribía una carta a su amigo de México, Manuel Mercado, en que le decía: "Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber... de impedir a tiempo, con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso". Un día más tarde Martí caía herido de muerte al enfrentarse al ejército colonialista español. Martí luchaba contra el coloniaje español, pero sin negar la propia e ineludible identidad hispanoamericana. Luchaba contra el coloniaje español, no contra España. Martí tenía conciencia de que la lucha del pueblo cubano era la misma lucha de los pueblos en el continente latinoamericano y del pueblo español en la Península contra el mismo absolutismo imperial. Se debía anular este imperialismo, pero no para caer bajo otro, como el que ya se alzaba al norte de esta misma América: Estados Unidos. Martí pensaba como otros latinoamericanos que así gustan llamarse a sí mismos, José Enrique Rodó, José María de Hostos, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y otros más a lo largo de esta Nuestra América.

De lo que se trata, expresaba Martí en su carta a Mercado, es de que "las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos —como ése de usted y mío— más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión a los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia". Estados Unidos no ayudará a Cuba como no ayudó a Bolívar. Simplemente esperará que los cubanos, con su sangre, rompan esta dependencia para impo-

ner la propia. "Viví en el monstruo y le conozco las entrañas; y mi honda es la de David".<sup>1</sup>

Martí se preocupaba por algo que sucedería tres años después, en 1898. La fruta ya estaba madura, el poderoso vecino sabría encontrar el pretexto, no para ayudar a la causa insurrecta cubana, sino para anexarse tierras españolas en el Caribe y el Pacífico inventando una agresión de España a su país. Estados Unidos, con su triunfo, haría patente su ineludible destino manifiesto para imponer su dominio sobre toda América y luego el mundo. Terminada la guerra civil entre la España peninsular y la España americana, se iniciará la guerra antiimperialista contra un nuevo poder extraño a la identidad de los pueblos de esta nuestra América. Sobre esta identidad había escrito Martí desde su destierro en México en su ensayo "Nuestra América".

En Cuba, antes y después del triunfo de la Revolución, sorprende a los visitantes el Museo de Historia de La Habana, donde aparece un paralelismo entre la historia de España y la de Cuba. Historia con sus buenos y malos momentos, pero de toda la región tanto en la Península como en América. La misma lucha contra el absolutismo al uno y al otro lado del Atlántico. Así lo vio Martí. Así lo vieron también los insurgentes que en América, en 1810, se sublevaron, no contra España, sino contra la agresión de la Francia de Napoleón I. Hermandad de propósitos que la arrogancia imperial española castigará como rebelión contra el propio imperio. Hace del desacato contra el dominio francés en España, desacato contra el dominio español en América. Esta historia común, hispanoamericana, es brutalmente interrumpida por la intervención estadounidense en Cuba en 1898. Así se expresa en el Museo de Historia de Cuba.

Algo extraño, algo que nada tiene que ver con la historia propia, interfiere en la región. De esta historia común es que venía hablando con insistencia José Martí. Habla del monstruo imperial, originario de otra región de Europa, que se volverá contra su mismo origen para imponer su dominio al continente europeo que lo había engendrado. "América para los americanos", "América para los verdaderos estadounidenses". No sólo los españoles en Europa y América sino todos los europeos tendrán que quedar bajo la hegemonía de esta potente América. En el siglo xx la Europa de los viejos imperios acabará recibiendo los cruceros, cañoneros y

<sup>1</sup> José Martí, Carta a Manuel Mercado, 18 de mayo de 1895, *Obras Completas*, La Habana, Editorial Lex, 1953, vol. 1.

portaaviones llegados de América. Así se pagaba la visita imperial de las carabelas de Colón en 1492.

Martí teme que el mismo imperialismo español, en su arrogancia, prefiera entregar la Isla al nuevo imperialismo. Habrá también que luchar contra todas las fuerzas españolas y cubanas que pretenden traspasar el dominio de Cuba al nuevo imperialismo. ¿No había sucedido lo mismo en 1810 cuando se castigó la rebelión de las colonias contra el dominio francés? Se prefiere castigar que no conceder y reconocer la autonomía de las colonias. El Imperio, dice Martí, es incapaz de reconocer que es la misma sangre y cultura española en América la que se rebela contra toda tiranía, tal y como ya lo habían hecho los españoles en la Península. El imperio español castigará en Cuba los mismos reclamos que los republicanos españoles hacían frente al absolutismo español.

Para Martí resultaba incomprensible la resistencia de los republicanos españoles a reconocer en los reclamos de Cuba los propios reclamos. Tal había sido el espíritu de la revolución cubana que se inició con el Grito de Yara en 1873. Así fue también en las guerras de independencia en el continente americano. España mostraba, dice Martí, cada vez más "su alma pequeña y rencorosa". ¿Qué es lo que defiende España en América?, pregunta Martí en 1893 al iniciarse la nueva lucha por la independencia cubana. "No es el honor lo que España defiende en América, porque el honor no está en corromper y asesinar a nuestros propios hijos, cada cual hijo, hijo del otro, y los unos de los otros: lo que España defiende en América es la posesión". Tal como los liberales españoles de Cádiz, los liberales de la Primera República española en 1873 nada querrán saber de los reclamos de los liberales americanos en Cuba y las Antillas. Los liberales de la Primera República española deciden aplastar una rebelión, motivada por las mismas razones por las cuales ellos mismos se habían enfrentado a la monarquía. Una vez más la vieja historia. "Nada hacen los americanos —dice Martí— que no hayan hecho antes los españoles de la Península... ¿Cómo ha de haber republicano honrado que se atreva a negar a otro pueblo derecho que él usó para sí?".<sup>2</sup> Los cubanos, como los latinoamericanos, murieron por lo que han muerto en la Península los españoles para reclamar la libertad y el honor de sus hogares. La arrogancia, la incapacidad de reconocer a los españoles al otro lado del Atlántico como

<sup>2</sup> José Martí, Carta a Fermín Valdés Domínguez, 28 de noviembre de 1893, *OC*, vol. I.

semejantes es lo que originó la guerra civil que ensangrentó al continente, como ensangrentará al Caribe y al Pacífico.

La lucha de Martí será contra la incomprensión y la arrogancia imperial, expresa en el Caribe en el continente americano; es la misma lucha en la Península Ibérica. Lucha de iberos contra iberos, de españoles contra españoles. Lo que más preocupaba a Martí, la víspera de su muerte, era la inutilidad de esta muerte, acechada como está la región por una extraña fuerza surgida del mismo continente americano. ¿Para qué estamos muriendo los cubanos?, pregunta Martí. ¿Para ajustar cuentas que tienen entre sí pueblos hermanos, hijos de la misma sangre y mestizaje? ¿Se trata de morir para que otros pueblos se aprovechen de la debilidad que originó este encuentro? “Sobre nuestra historia —agrega— hay otro plan tenebroso, lo que hasta ahora conocemos y es el inicio de forzar a la Isla, de precipitarla a la guerra, para tener pretexto de intervenir en ella, cosa más cobarde no hay en los anales de los pueblos libres: ni maldad más fría”.<sup>3</sup>

Adueñarse de Cuba y las Antillas y del continente formado por España ha sido un viejo sueño imperial estadounidense. La posesión de Cuba está en sus viejos proyectos y a partir de Cuba, del Caribe, el continente y el resto de la tierra. Martí anticipa algo que a lo largo del siglo xx se irá haciendo realidad. Alertar a España, al mundo ibero, y a los pueblos que ella generó, será la preocupación de Martí en su vida y en vísperas de su muerte. Esto es central en su pensamiento y en su filosofía. La filosofía de los libertadores de la que fue Bolívar gran maestro y del que Martí se considera discípulo.

Los temores de José Martí respecto de las ambiciones de Estados Unidos se harán realidad en 1898. Cuba, cuna de Martí, luchando por romper el coloniaje español, será vista como tierra que por destino ha de servir al desarrollo imperial estadounidense. En Estados Unidos se venía reclamando el reconocimiento de los rebeldes, en especial los anexionistas. El candidato republicano William MacKinley triunfa en 1896, y dos años después hace lo que se considera un supremo acto de patriotismo: declara la guerra a España. Había reconocido a los insurrectos; sin embargo la Doctrina Monroe y el Destino Manifiesto son su filosofía y su meta. El reconocimiento de los rebeldes, lo anticipó Martí, no implicaba el reconocimiento a su independencia. La intervención militar estadounidense se hará en función de sus propios y exclusivos intereses.

<sup>3</sup> Carta a Gonzalo de Quesada, Nueva York, 14 de diciembre de 1889, *OC*, vol. 2.

El pretexto utilizado es la explosión del *Maine* en la Bahía de Santiago, en La Habana. Se declara la guerra a España el 11 de abril de ese 1898. Los Estados Unidos no sólo hunden la flota española de Santiago en Cuba, sino también la del Pacífico en Cavite, Filipinas. El imperio español, que en América originó el descubrimiento de Cristóbal Colón en 1492, pasa a la historia en 1898. Los rebeldes en Cuba y otras tierras antillanas nada contarán dentro del imperio que ha triunfado. Los temores de Martí se hacen realidad.

La América que empezaba a llamarse Latina, en oposición a la América Sajona, olvida viejos agravios y considera la agresión a España como una agresión a toda la América Latina. En lo latino, escribía el mexicano José Vasconcelos, incorporamos a España como parte nuestra. No a la España de la conquista y el coloniaje, sino a la España que ha hecho posible la rica identidad étnica y cultural de la región. España no sólo trajo arrogancia y codicia, sino también el espíritu en que se había formado bajo el largo dominio islámico. Ocho siglos en los que el español que descubrió, conquistó y colonizó a América ha aprendido a mezclarse con razas y culturas diversas a la propia. Será en defensa de esta rica identidad que originó el dominio español que diversos pensadores latinoamericanos harán patente su repudio a la agresión estadounidense, considerada como agresión a toda esta América. Como Martí, reclaman también que el intelecto de la región se vuelva sobre sí mismo y pondere y defienda la identidad que posee.

La agresión de 1898 origina el ensayo del uruguayo José Enrique Rodó, *Ariel*, en defensa de la rica identidad latinoamericana que la presencia española hizo posible en esta región. Defiende esta identidad contra la *nordomanía* que se había manifestado a lo largo del siglo XIX, expresa en el querer dejar de ser latino, esto es, hijo de Iberia y de América para supuestamente asemejarse a la gente que desde la otra América venía imponiendo al nuevo imperialismo. Como reacción a esta actitud está la guerra contra México en 1847 y la invasión del filibustero Walker a Centroamérica en 1856. Todo culmina en el Caribe en 1898 para ocupar el vacío de poder que ha obligado a dejar el imperio ibero en América.

El latinoamericano, decía Rodó, al tratar de ser como Estados Unidos anulaba la propia y rica identidad. De esta forma ‘la federación va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros dirigentes... Y de admirarla se pasa por una transición facilísima a imitarla’, a

su vez, de allí se llega fácilmente a la subordinación. La "visión de una América *deslatinizada* por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte, flota ya sobre nosotros... Tenemos nuestra *nordomanía*, es necesario ponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan de consuno".<sup>4</sup>

La nordomanía anulaba la identidad de la que Martí llamaba Nuestra América. Se somete libremente al modelo sajón, extraño a la experiencia de esta América. Estados Unidos, decía Martí, "sólo cree en la necesidad, en el derecho bárbaro, como único derecho... Esto será nuestro porque lo necesitamos". Creen en la superioridad incontrastable de la "raza anglosajona contra la raza latina". Creen en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy y de la india, que exterminan. Creen que los pueblos de Hispanoamérica están formados principalmente de indios y de negros. Mientras no sepan más de Hispanoamérica los Estados Unidos y la respeten más... ¿pueden los Estados Unidos convidar a Hispanoamérica a una unión sincera y útil para Hispanoamérica? ¿Conviene a Hispanoamérica la unión política y económica con los Estados Unidos?... El pueblo que compra manda. El pueblo que vende sirve".<sup>5</sup> Martí anticipó nuestro tiempo en el que la gran potencia se ha visto obligada, no ya a comprar, sino a vender, desplazada de los mercados de Europa y Asia, pero aún pretende hacerlo bajo sus condiciones.

El pensamiento que sigue al de Martí, como éste continúa al de Bolívar, expresa la necesidad de volver a la historia e identidad propias de la región, la originada en la herencia ibera forjada, a su vez, en varios siglos de obligada convivencia con pueblos de otras razas y culturas que llegaron del otro lado del Mediterráneo. El pensamiento de José Vasconcelos se origina en un pueblo que tendrá que enfrentar antes que otros la ambición colonial estadounidense en el siglo XIX y luego estará empeñada en subordinar las decisiones del pueblo mexicano que en armas se expresó en la Revolución de 1910 para crear su propio futuro. Vasconcelos hace suyo el pensamiento de Martí, Rodó y Bolívar en defensa de la identidad forjada en varios siglos de historia, que ha hecho patente una peculiar identidad latinoamericana. ¿Por qué Latinoamérica?, pre-

<sup>4</sup> José Enrique Rodó, *Ariel*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, 1956

<sup>5</sup> José Martí, "La conferencia monetaria de las repúblicas de América", *OC*, vol. 2.



gunta Vasconcelos. "Háblese —contesta— al más exaltado indianista de la conveniencia de adaptarnos a la latinidad y no pondrá el menor reparo; dígase que nuestra cultura es española y en seguida formarán objeciones". Pero, ¿por qué? "Porque subsiste la huella de la sangre vertida, huella maldita que no borran los siglos, pero que el peligro común debe anular".

¿Cuál es el peligro común que han de afrontar españoles y latinoamericanos? El del nuevo imperialismo que ha expulsado a la España imperial de América para adueñarse de las que fueran sus posesiones. Peligro común que amenaza la latinidad de la que son expresión iberos y americanos. Pero ¿por qué latino?, porque en lo latino se recoge una extraordinaria experiencia de la historia universal, la que representó el Imperio Romano, que más allá de la arrogancia, codicia y crueldad, pudo crear una ecumene en la que se integraron las diversas razas y culturas que bañaba el mar Mediterráneo y formaba su imperio: la europea, la asiática y la africana. De este espíritu habló también Bolívar, soñando en una Nación de Naciones, como hablaron Martí, Rodó y Vasconcelos, este último a través de lo que llamó 'raza cósmica', que no es raza, sino capacidad para convivir y mezclar razas y culturas distintas, sin renunciar a la peculiar identidad de todas ellas.

Los cañonazos en Santiago de Cuba y en Cavite, Filipinas, que hundieron las flotas españolas, repercutirían a lo largo del siglo XX en las reflexiones del pensamiento latinoamericano. Calibán hace violencia para someter a Ariel, decía Rodó. Vasconcelos escribe: "Las derrotas de Santiago de Cuba y de Cavite y Manila son ecos distantes, pero lógicos, de las catástrofes de la Invencible. El conflicto está ahora planteado totalmente en el Nuevo Mundo. Pugna de latinidad contra sajonismo ha llegado a ser, sigue siendo, en nuestra época; pugna de instituciones, de propósitos e ideales".<sup>6</sup> La lucha entre Felipe II de España e Isabel I de Inglaterra con que fue aniquilada la armada española se ha continuado en América entre los hijos de Albión y del imperio español arrinconado en las Islas del Caribe y las Filipinas. Vencido el imperio español en Europa, la guerra se continuará en América. Se ponía en marcha un nuevo imperio que desde luego se lanzaría sobre la misma Europa y el resto de la tierra, para crear otro imperio en el que tampoco se pudiera poner el sol.

En 1898 la España imperial pasaba a la historia y con ella también lo que de negativo significaba para la América bajo su domi-

<sup>6</sup> José Vasconcelos, *La raza cósmica*, Barcelona, 1925.

nio. Quedaba en cambio la España cuya sangre y cultura llevan dentro de sí los pueblos que bajo su coloniaje se habían formado. Los viejos rencores quedarían pronto sepultados. La España al uno y al otro lado del Atlántico iniciaba su reconciliación. Reconciliación con la España que ante la invasión francesa había regado su sangre en Zaragoza. La misma España cuyos pueblos habían enfrentado al absolutismo español para crear la Primera República. La reconciliación iniciada al finalizar el siglo XIX se expresará de manera extraordinaria en el siglo XX en relación con otra presencia española en América. Esta vez no para conquistarla, sino para continuar en ella lo que había perdido ante una España de espíritu imperial, aunque sin imperio. La presencia de la España del éxodo, la España Peregrina de la guerra civil de 1936, la que José Gaos llamó la España del Transtierro.

El transterrado español José Gaos, cuya importancia en la vida cultural del continente hispanoamericano ha sido extraordinaria, continuará y ponderará los mismos problemas que se habían planteado José Martí, José Enrique Rodó, José Vasconcelos y otros pensadores latinoamericanos. Gaos ve en los sucesos originados en la agresión estadounidense a España en 1898, un hecho de singular importancia para la historia de las Españas al uno y al otro lado del Atlántico. El punto de partida para una conciencia común hecha expresa al abrirse esta América al peregrinaje español originado en la Guerra Civil española: "1898, corresponde a un acontecimiento de importancia máxima en la historia de España y de la América Española", dice Gaos. En esta fecha la aventura imperial iniciada en 1492 llega a su fin. Un nuevo y pujante imperio, el estadounidense, manda a la historia al imperio español"... En el 98, al hacerse independiente de la metrópoli la última colonia, no sólo se hacían independientes las antes también colonias, sino que la metrópoli misma se libraba del pasado. 1898 representa el triunfo final de las colonias españolas en América contra el imperialismo español. Ahora esta América, como lo vio José Martí, tendrá que enfrentar un nuevo imperialismo. Lo común entre la América Española y España será la toma de conciencia de algo común, propio y que al ser defendido conjuntamente permitirá defender también del nuevo y ajeno imperialismo.

La conciencia de la ineludible relación que guarda España con la región de América con la que mezcla sangre y cultura manifiesta en José Martí se hace también expresa en José Gaos. Historia común que a lo largo de los últimos siglos se hace expresa como

enfrentamiento al absolutismo español que se sufre en Europa y en América: "Al iniciarse el movimiento de independencia en Hispanoamérica —dice Gaos— pese a la arrogancia imperial, algunos españoles de los residentes en España comprendieron con gran sagacidad histórica el surgimiento de una nueva España originada en la conversión de las colonias en naciones". Las Cortes de Cádiz, sin embargo, en 1810 se negaron a reconocer la igualdad de los pueblos de la Península con los del Continente en la América Española. Coincidiendo con Martí, dice Gaos: "En cambio no comprendió la suya con esta conversión la Primera República". Lo que los republicanos españoles de entonces exigían para sí no se mostraron dispuestos a concederlo a los pueblos hispanos al otro lado del Atlántico que reclamaron lo que ellos reclamaban.

"En cambio —agrega Gaos— los constituyentes de la Nueva Hispano-América del siglo xx en América, muy en primer lugar México, han comprendido la suya con la Segunda República española, ayudándola combatiente y acogiéndola desterrada, reemplazando un antihispanismo que seguía reaccionando contra la vieja España por un hispanismo que promete ser percepción definitiva de la nueva adopción relativamente a España de una actitud pareja a la adoptada por las naciones hispanoamericanas ya independientes".

La América Española a lo largo del siglo xix había hecho lo que la España de la península había tratado de hacer a lo largo de varios siglos, esto es, romper con el autoritarismo impuesto en la Península y en las regiones que la historia había puesto bajo su hegemonía. 1898 marca el fin del dominio imperial sobre América pero también el inicio de la toma de conciencia de algo común. Hispanoamérica había puesto fin al absolutismo español, la España peninsular tendrá aún que luchar contra el espíritu que había anulado a la Segunda República. Gaos no alcanzó a ver los cambios que se darían en esta España poco tiempo después de su muerte en 1969. "España —decía Gaos— es la última colonia de sí misma, la única nación hispanoamericana que del común pasado imperial queda por hacerse independiente. No sólo espiritual, sino también políticamente".<sup>7</sup>

Han pasado cien años desde que José Martí, poco antes de morir, luchando por lo mismo que habían luchado los españoles, pensó y anticipó con esperanzas y temores lo que ahora ha sido realizado. Nuestros días son ya otros. España y la América Española,

<sup>7</sup> José Gaos, *Pensamiento en lengua española*, México, Stylo, 1945.

Iberia y América Latina han dejado atrás rencores y arrogancias. El imperio que desplaza al imperio español y a todos los imperios europeos ha llegado también por sus propias contradicciones a su fin. Dentro de poco tiempo, en 1998, habrá que conmemorar otro centenario. En 1992 se conmemoró, no se festejó, el descubrimiento de América y el Encuentro de Dos Mundos. En 1998 habrá que conmemorar lo que entonces se inició y dio un nuevo sentido a las Españas al uno y otro lado del Atlántico.

Al parecer España, con Estados Unidos, recordará los sucesos de 1898. Considero que será aún más importante el conmemorar, reflexionar sobre lo que esta fecha ha significado para esta extraordinaria región de la tierra en donde nunca se pone el sol. Esto es, ver 1998 como el primer centenario de lo que se inició en 1898: el de la reconciliación de las Españas al uno y al otro lado del Atlántico. El actual recuerdo de Martí es un buen anticipo para esta conmemoración.